

—Estás—diagnostica César— en plena calentura admirativa. Y ya se sabe que, para la tal fiebre, no hay más que una quinina.

—¡Quita allá!—dice Alvarez —; proponerle a Paco semejantes cosas... Has de saber que aquí, el amigo, no siendo una princesa...

—No seas cursi; conozco yo a una Hortensia, que apuesto cualquier cosa a que le gusta. Y sobre todo, por probar...

Paco, asiente: el calorcillo del cognac le ha entrado en reacción *por dentro*. No tiene gana de volver a casa; el rosa-té de los descotes que en el *foyer* ha visto de cerca, le tiene un poco desequilibrado; en aquella mesita del rincón hay dos niñas morenas que toman chocolate con la gracia del mundo. Se pone de pie.

—Vamos allá.

César y Enrique, aplauden. Luego, en la Puerta del Sol, suena el cascabelear de sus risas.

XII

La calle está obscura como boca de lobo; sin embargo, antes de entrar, Paco mira a derecha e izquierda, como temiendo que alguien le vea. El portal es más oscuro que la calle, y la escalera más que la calle y el portal.

La salita es pequeña. Tiene estera de pita con fondo rojo y dibujos blancos, sofá, dos butacas y hasta seis sillas forradas de yute con pretensiones de tapicería; del mismo yute, con pretensión análoga, son las cortinas sujetas por alzapaños de cordones y borlas pelonas; cubren los vidrios del balcón visillos rojos con dragones pajizos; delante del sofá, sobre una alfombrita, un velador de madera negra con piedra de mármol, sostenido en tres patas que fingen ser tres garras de león; entre cada dos patas hay una concha de caracol marino y sobre el mármol una cigarrera vacía, de esas que dan vueltas y tienen música. En la pared, so-

bre el sofá, cuelga un espejo con moldura negra, y a los dos lados del espejo hay cuernecitos de papel de seda rosa y azul, llenos de flores amarillas; en la pared frontera dos oleografías encuadradas en molduras baratas; representan dos chulas, una morena y otra rubia, vestidas una de negro y otra de azul; la de azul sorbe una caña de manzanilla; la de negro se apoya en una cuba, y medita. La cortina del fondo está corrida misericordiosamente.

Ocupa el sofá una mujer de aspecto venerable; va vestida de oscuro y lleva el pelo gris peinado con recogimiento; campa, prendido al cuello de su chaqueta, un medallón inmenso con retrato, y cáele pecho abajo, en cascada, una cadena negra, de aquellas que usaron las señoras de la alta burguesía a mediados de siglo.

Paco, César y Enrique, sentados también, uno en el sofá y dos en las butacas, departen con la dicha señora, que les mira y remira, ligeramente inquieta.

—Esta noche—habla seria y pausadamente, sonriente, pero majestuosa, cual si dilucidase un negocio de Estado—, esta noche no tengo más que dos niñas.

—No importa—dice Alvarez—: sólo venimos a pasar el rato y somos gentes de formalidad.

La señora sonríe maternalmente, y se levanta.

—Que traigan—dice César—dos botellas de N. P. U. y un plato de aceitunas aliñadas.

Paco recuerda que en sus correrías de León siempre había botellas de N. P. U. y aceitunas. Creía él que en Madrid el tenteempié sería algo más fino. Por lo visto hay poca diferencia en estas cosas entre la Corte y las provincias.

Sale la vieja; los tres muchachos solos no saben qué decirse. César rompe el silencio con una frase tonta que quiere ser un chiste.

—¡Caramba, y qué duro está este sofá!

Los otros dos se ríen.

Entra una muchachita que es morena, teñida de rubio; viene enyesada como un payaso y trae las cejas pintadas de negro; una bata de satén azul, con puntillas muy tiesas, color de azufre, la viste bien o mal.

—¡Viva lo bueno!—grita César.

—Gracias, mi alma—dice la muchachita, y viene a sentarse junto al velador, apoyando los codos en la mesa de mármol, y desde allí mira con descaro y se deja mirar.

Cáele la luz de lleno sobre el rostro, que azulea; cruza las manos bajo la barba, y, alzando la cabeza, mira al techo.

—Pocas palabras gastas, prenda — le dice Alvarez.

—Así soy yo—contesta ella sin mirarle —: pocas palabras y muchas obras.

—¿Buenas o malas?

—Eso, según y conforme.

—Conforme y con quién, querrás decir.

—Puede; pero me da el corazón que contigo no iban a pasar de regulares.

César se ríe y Enrique se ríe. A Paco no le hace gracia la mujer aquella; parécèle sucia y hasta mal encarada; habla como por máquina, y, además, no le mira.

Pasados diez minutos de charla necia, en que él no toma parte, viene otra mujer; ésta es morena y alta; peina, a modo de casco, negros cabellos de rara hermosura, pero tiene el rostro marchito y los movimientos inarmónicos; su voz es bronca y se quiebra en modulaciones extrañas; más que de mujer, parece voz de chiquillo golfo.

Tampoco a nuestro amigo le gusta; pero el astur se entusiasma de veras. ¡Vaya una mujer! Aquello de la voz le vuelve loco. Y empieza un tiroteo de bestialidades, que quieren ser galante-rías.

«Pues, señor, piensa Paco, me voy a divertir.»

A poco de venir la morena se escabulle la rubia; luego vuelve, y traen las botellas y las aceitunas, y sigue el desbarrar de unos y otros, y hasta se mueve su poquito de zambra. Las infelices juegan a ser mujeres como las demás, y fingen lides de galantería, y asaltos, y defensas, y retiradas; pero, de vez en cuando, se desaniman, y un gesto de cansancio les contrae el rostro: son como soldados que luchasen sabiendo que la plaza está vendida al enemigo. A Paco, el vinillo le ha puesto un poco sentimental, y le da por tenerles mucha lástima.

Óyense en el pasillo desconsoladísimos sollozos. La zambra se suspende, y como el llanto sigue, salen las dos mujeres a averiguar qué pasa. A poco vuelven, trayendo consigo a la que lloraba, que es una rubita fina y menuda, vestida de negro y tocada pudorosamente con un manto. Aunque ya no solloza, trae la cara muy triste, y le caen, rostro abajo, dos lagrimones como de niño.

Los hombres la acogen con algazara; los ojos de ella, que son azules y son ingenuos, se clavan en el rostro de Paco, cual si pidiesen misericordia.

— Ven aquí, criatura; ¿qué te ocurre?

Y entonces, ella, volviendo a sollozar, cuenta su desdicha. Estaba en la calle, y los guardias, por

sacarla dinero, la han llevado al Gobierno civil. Es de ver la amargura con que repite: «¡Al Gobierno civil!» Ella, que nunca sale sola; ella, que con nadie se mete. Y vuelta a llorar y a lamentarse; la cuitada siente aquella desdicha como otra sentiría su deshonra. «Yo, que nunca voy sola por la calle...» Al fin se encalma, se despoja del manto y consiente en tomar una copita. Llegase al fin de las botellas; cuando están vacías, César, como al descuido, apaga la luz; gritan las mujeres y corren por el cuarto; ellos las persiguen. Paco, a tientas, busca el interruptor. Cuando la luz vuelve, ellos y ellas han desaparecido; sólo en un rincón, acurrucada, con cara de miedo, está la rubia. Paco la mira; es bonita y simpática; pegada a la pared vase deslizándose hacia la puerta.

— Quédate, muchacha.

Ella, dócilmente, se sienta a su lado.

— ¿Cómo te llamas?

— María Eugenia. ¿Y tú?

— Me llamo Paco.

Los dos callan y se miran. Ella baja los ojos, y él la coge la mano. Ella le mira de soslayo, sin alzar la cabeza; respira apresuradamente, como si aun le durase el sobresalto.

— ¿Tienes miedo, chiquilla?

— De ti, no. — Y, levantando el rostro, sonrío.

— Mira, más vale que salgas a ver dónde están esos.

Pasado un instante, María Eugenia vuelve, diciendo:

— Los otros se han marchado... sin pagar...

— Sin pagar. Es decir, que...

— Es decir, que tendrás que pagarlo tú. ¿No tienes dinero?

— Sí; no es eso.

— Entonces estás triste.

— Tampoco.

Ella, como que le adivina los pensamientos:

— Qué *golfos* son los hombres, ¿verdad, tú?

— Verdad será — dice Paco, riéndose.

— Y mira — sigue ella —, puede que tú lo seas tanto como los otros; más si a mano viene; pero no sé por qué me gusta estar contigo.

— ¿Sí? Pues acércate; vamos a ver: ¿cuántos años tienes?

— ¿Qué te parece a ti: muchos o pocos? A ver si aciertas.

— Diez y siete.

Ella se echa a reír.

— Más vale así. — Luego se pone seria. — No hijito, no: tengo ya veintiuno; pero ya ves, creo

que toda la vida voy a parecer niña de teta. Como me quedé pequeñita...

— Y dime: ¿por qué llorabas tanto cuando entraste?

— ¿Por qué? Te parece que es poco...; llevarme al Gobierno...

— No te cogerá de susto.

— Sí, hijo, sí; que yo soy una persona decente y no me meto con nadie; ya ves, es que esos tíos son unos sinvergüenzas, y la toman con una por que saben que una no tiene costumbre de esas cosas.

Paco, se ríe. Ella, de nuevo se acongoja.

— ¿Vas a empezar otra vez? Entonces ya te estás marchando.

— No empiezo; pero no te rías de mí; me da tristeza que te rías.

— Bueno, mujer; ya estoy serio.

— Serio, tampoco. ¿Tú a qué has venido aquí; a divertirme, no?

— Sí; pero...

— Pero ¿qué?

— Ya lo ves; que no se divierte uno siempre que piensa divertirse. Pero no te apures; aunque no me divierta, me pasa lo que a ti: me gusta estar contigo; no te vayas.

— Si no me voy; es que cierro la puerta. Así hablaremos más a gusto. Como marido y mujer.

Y se ríe como una loca.

— Justo, como marido y mujer —asiente Paco—. Pero te advierto que no tengo ganas de bromas; estoy..., no sé lo que me pasa.

— Mira, me alegro, porque yo también..., ¡chico, lo que es algunos días!...

— Tampoco te diviertes, ¿eh?

— ¡Divertirme! Si esta vida... Algunas veces, no te digo, con uno como tú...; pero hay cada punto... Cuando a una la llaman, se echa a temblar, y eso que yo no tengo mala suerte, y como no salgo a la calle... Mira, a esa que estaba con vosotros...

— ¿La rubia?

— No, la otra; bueno, pues a esa y a otras dos se las llevaron unos marqueses a una novillada y les soltaron un becerro. Esa a poco se muere del susto y de los golpes; ¡si te digo que pasa cada cosa! Y luego dicen que una es una perdida, y se figuran que lo es por su gusto, y se ríen de una, que al fin y al cabo tiene sus penas como todo el mundo.

— ¿También tú tienes penas?

— No que no.

— Anda, cuéntamelas.

— No quiero.

— ¿Por qué?

— Porque cuando una dice lo que le pasa, los hombres se ríen. «Ya, la historia de todas», dicen. La historia de todas... ¡Si supieras la rabia que me da oírsele decir! Claro que la de todas. ¡Como si en el mundo hubiera muchas historias distintas! Que una ha tenido hambre y que los demás han tenido poca vergüenza. Esa es la historia, la mía y la de las demás; ya ves tú si da ganas de reírse. Te digo que si una lo pensara muchas veces...; gracias a que lo piensa así de Pascuas a Ramos; qué sé yo, cuando viene uno como tú, que tiene cara de persona decente.

— Gracias, mujer.

— Es la pura verdad. ¿A qué iba yo a decirte una cosa por otra? — Paco, sonrío. — Claro, tú pensarás: para lo que uno viene aquí..., a ellas qué les importa que sea uno decente o no lo sea. Pues, hijo, tú no sabes lo que se agradece así de vez en cuando. Parece que hasta una se vuelve más persona de pronto.

— ¿A ti te gustaría ser..., vamos, ser más persona, como tú dices?

— Chico, ya no lo sé, qué quieres que te diga.

Sobre que, aunque lo fuese, ¿quién se lo iba a creer? Lo que sí te digo es que no sé cómo hay mujeres ricas que se pierden por darle gusto a un hombre.

— También hay hombres que se pierden por una mujer.

— ¡Mira tú que perderse un hombre por una mujer! Tienes tú gracia. Lo que es que cuando están perdidos, porque a ellos les ha dado la santísima gana, se agarran a una infeliz para tener a quien echarle la culpa. Porque esa es otra gracia que tienen los amigos. ¿Has visto tú algún ciego sin perro? Pues lo mímito; en cuanto un hombre está hecho una calamidad, mujer que lo aguante; no tiene vuelta de hoja. Y como nunca falta un roto para un descosido...; mejor dicho, como siempre encuentra una desdichada que tenga más miseria que él...

María Eugenia habla lentamente, casi mordiendo las palabras con el furor de sus rencores; está muy pálida, y los ojos azules se le ensombrecen y brillantan; parpadea muy de prisa para no dejar caer las lágrimas, y aquellas que no vierte le enronquecen la voz. Sus manos, que son blancas y redondas, traen contienda furiosa, una contra la falda, otra contra los flecos del sofá. Paco la mira

y calla; ella calla también, y quedan frente a frente y en silencio, escudriñándose con triste simpatía. De pronto ella se echa de bruces sobre el respaldo del sofá, y llora callandito.

— Vamos, mujer — empieza él con voz no muy segura —, no llores más, no te atormentes. ¡Cosas de la vidal! Ya ves, todos tenemos lo nuestro... y se pasa; pues ya lo creo que se pasa. Anda, levanta esa cabeza, mírame, no llores más, te digo. — Ella levanta la cabeza; pero sigue llorando. Paco se pone serio. — Mira que me marchó.

— No, no. Chico, perdona; tú tienes la culpa por hacerme caso. Con los otros no lloro nunca; ya ves tú lo que son las cosas. Oye, ¿te has enfadado?

— No.

— Entonces, ¿qué te ocurre?

— Nada.

— Ni que una fuera tonta. ¿En qué estás pensando ahora mismo?

— Son cosas mías.

— ¿Que no me puedes contar a mí?

— Como poder...

— Pues cuéntamelas, anda; ya ves, yo soy así; pero puede que te entienda mejor que otras, y hasta que te tenga más lástima, si a mano viene.

— ¡Lástima!

— O lo que sea.

— ¿De modo que tú crees que estoy triste?

— Lo que es muy alegre no lo pareces. Ven aquí; ahora soy yo la preguntona.

Paco cede a la blanda presión de la muchacha, y se dispone a confesarse. Así como así es lo que estaba necesitando: alguien que le quiera escuchar y que le sepa compadecer.

María Eugenia le coge una mano y la coloca sobre sus rodillas, meciéndola y acariciándola como si estuviera durmiendo a un niño. Y tal es el encanto de una compasión de mujer, que Paco, sólo con saber que va a encontrarla, sonrío y se alegra.

— Vamos a ver — le dice ella —: ¿qué mal te han hecho?

— Nada.

— ¿A quién quieres tú?

— A ti.

— No, de formalidad: ¿a quién quieres?

Paco piensa un instante.

— Pues mira..., de formalidad..., creo que a nadie.

— ¿No tienes novia?

¡Pobre Elena Quirós! Paco, súbitamente enternecido, responde:

— Sí que la tengo.

— ¿Y te quiere?

— Sí que me quiere.

— ¡Cómo lo dices! Bien seguro estás. Y luego hablan; tontas de remate somos las mujeres. Mira que tener novia, que será ochenta veces mejor que tú... y que yo, y venirme aquí a pasar las penas...

— Es que mi novia no está en Madrid.

— ¿Tú no eres de Madrid?

— Soy de León.

— Yo soy de Astorga; mira, casi paisanos. ¿Y hace mucho tiempo que estás aquí?

— Hace dos meses.

— Yo llevo ya seis años; quince tenía cuando me trajeron.

— ¿Y no te gustaría volver?

— ¡Qué sé yo! Allí estará mi madre. ¿Tú tienes madre?

— No.

— Yo, sí; más me valdría no tenerla. Esa es otra historia, la más negra de todas... Si tú supieras cómo he venido yo a Madrid...

Así la charla se prolonga. Los dragones dorados se retuercen sobre el fondo sangriento de los visillos. «¿Cómo se entiende y cuándo se vió cosa semejante? Aquel hombre y aquella mujer están

chiflados, completamente chiflados. Mire usted que la hora, y el sitio, y la ocasión, son propicios a confidencias sentimentales. Y, por lo visto, están tomando en serio su papel de personas decentes. ¿Se puede esto sufrir, señora chula del vestido azul?»

La chula del vestido azul asiente. «Si les digo a ustedes, señores dragones, que la juventud se está volviendo tonta de remate. Ni una cañita de manzanilla se les ocurre tomar a los desdichados. Ella le dice sus desventuras, y él se las compadece y se está quieto. ¡Cómo degenera la galantería!»

«Escuche usted, escuche, que ahora llega lo mejor de la historia; pues no va él y le dice... si es cosa de morirse por no oírlo... Mire, mire, amiguita, la del vestido negro.»

La chula del vestido negro mira y calla. Está meditabunda como siempre, y parece decir con el desdén altivo de su silencio: «¿Ustedes qué saben de estas cosas? Déjenme a mí, que sé lo que es vivir y entiendo de melancolías.»